

Magda Donato, una mujer moderna. Su labor como articulista en la prensa española (1917-1936)

Magda Donato: a modern woman. Her work as columnist in Spanish press
(1917-1936)

María Dolores Ramos

Universidad de Málaga.

Recibido el 23 de noviembre de 2010.

Aceptado el 21 de febrero de 2011.

BIBLID [1134-6396(2010)17:1; 177-196].

El 19 de julio de 1936, un día después de la sublevación militar contra la República, Magda Donato firma el último de sus extensos “reportajes vívidos”, publicados, con gran aceptación del público lector, en el diario gráfico *Ahora*. La entrega, titulada *Cómo se vive en el Puente de Vallecas. Visitando hogares con las Instructoras de Sanidad (Ahora, 19-VII-1936)* puso fin a una dilatada experiencia periodística en el transcurso de la cual convivió con presas, mendigas, locas, cómicos y adivinos, buscó trabajo como cualquier mujer necesitada de ganarse el pan, conoció los entresijos de la Casa de Maternidad y se sumó a la cola de los hambrientos e indigentes que acudían a diario a los comedores de Asistencia Social en Madrid. Estos reportajes confirmaron a Magda Donato como una “periodista de raza” comprometida con la realidad, una mujer de talento, valiente y moderna, ferviente republicana, además de actriz inclinada a renovar las artes escénicas, profesión con la que alcanzó renombre durante su exilio en México y que compaginó con la escritura de artículos, cuentos, novelas, arreglos literarios y traducciones (BORDONADA, 1990; NIEVA DE LA PAZ, 1993).

Nacida en 1898 en el corazón de Madrid —concretamente en la Plaza de Santa Cruz—, en el seno de una rica familia de emigrantes judíos dedicada al comercio de joyas, su verdadero nombre era Carmen Eva Nelken Mansberger. Igual que su hermana mayor, Margarita, recibió una educación cosmopolita, en la que el aprendizaje de idiomas, fruto de la ascendencia alemana y francesa de los padres, los viajes, las estancias en el extranjero y la asistencia a actos culturales ocuparon un lugar central, frente al estigma de “judías” y “ateas” que pesó sobre ellas y las marginó

en los colegios de élite (GARZÓN y PUERTA, 2000). Desde muy jóvenes, ambas frecuentaron los ambientes progresistas, las tertulias políticas y feministas de su época, mostrando un carácter sumamente independiente que las condujo a contravenir las estrechas, cuando no pacatas, normas morales por las que se regían los comportamientos femeninos. Pronto fue un secreto a voces que el nombre *Magda Donato*, más que un seudónimo, era una seña de identidad, un yo alternativo con el que Carmen Eva Nelken alcanzó plena autonomía y se reafirmó ante el mundo y su familia, sobre todo ante su madre y su hermana, la famosa Margarita Nelken, escritora, conferencista, crítica de arte y militante socialista, que, queriendo o sin querer, había monopolizado el apellido paterno (MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, 1997; RODRIGO, 1999: 38).

Magda Donato puede ser considerada el prototipo de Mujer Nueva que en las grandes ciudades españolas puso en tela de juicio el modelo tradicional de feminidad en términos políticos, éticos, estéticos, vanguardistas, durante los años veinte y treinta (AGUADO y RAMOS, 2002 y 2007). Con sus prácticas de vida y actitudes “transgresoras” y absolutamente modernas hizo frente en su vida cotidiana a las normas y costumbres establecidas para las mujeres de la burguesía y las clases medias, a la par que reivindicaba los derechos femeninos y la necesidad de ampliar la ciudadanía y democratizar los cauces de la vida política (MANGINI, 2001). Sus relaciones sentimentales con el dibujante Salvador Bartolozzi (1882-1950), gran conocedor de los ambientes vanguardistas parisinos y padre de tres hijos, que le doblaba la edad, durarán toda la vida y constituirán un ejemplo de la liberalización de las costumbres presente parcialmente en las minorías progresistas (ESPINA, 1951; BRAVO VILLASANTE y GARCÍA PADRINO, 2007). Era una alternativa posible al modelo “único” de mujer y de matrimonio burgués, que Donato consideraba una institución inmoral, llamada a desaparecer, una forma de entender las relaciones de pareja, basada en el amor-pasión y en el amor-amistad, que propiciaba el diálogo, el compañerismo y la colaboración, incluso laboral, entre los amantes, como demostraron ellos en sus trabajos conjuntos de renovación de la literatura infantil: *Pipo y Pipa y el lobo Tragatodo*, *Pinocho en el país de los cuentos*, entre otros (VICENTE HERNANDO, ed., 2000; CERVERA, 1982).

La escritura periodística, fundamental durante aquellos años para formar a la opinión pública, contribuyó a innovar en gran medida el mercado publicístico femenino, que se ubicaba en dos frentes: las revistas de tipo *magazine* con secciones dedicadas al hogar, la belleza, la salud, la familia y la economía doméstica, donde tenían cabida artículos informativos, noticias de actualidad, páginas literarias y entrevistas relacionadas con el movimiento emancipista; y un periodismo político y sociocultural, que confirió a las redactoras reconocimiento y autoridad, al brindarles la posibilidad de difundir

su ideario y articular una tradición política e intelectual que ha sido, hasta tiempos recientes, sistemáticamente desestimada en los estudios históricos (RAMOS, 2010: 94; RAMOS y MORENO, 2008; BERNARD *et al.*, 2008).

En ese marco comienza Magda Donato en 1917 su actividad profesional como periodista en las páginas de *El Imparcial*. Su columna “Femeninas”, marcada por el interés prestado a la mujer moderna (modas, costumbres, valores, comportamientos, rituales sociales), está atravesada por una fina ironía y un sentido del humor que serán constantes en sus artículos y reportajes, junto a su compromiso feminista. Este se revelaría muy pronto, tras el ingreso de la periodista en la Unión de Mujeres Españolas (1918), una de las primeras asociaciones sufragistas creadas en nuestro país, donde compartirá militancia con María Lejárraga, la Marquesa de Ter y Victoria Priego, entre otras socias, y se consolida en el *Lyceum Club*, centro de reunión, convivencia y dinamización cultural exclusivo para mujeres “inteligentes, cultas y de ideas amplias”, semejante a los fundados en Londres, Berlín, París, Roma, Florencia, Estocolmo, Bruselas y Atenas (*La Época*, 30-III-1926), trabajando en esta entidad, junto con María de Maeztu, Victoria Kent e Isabel Oyárbal en la recuperación de un símbolo “político” y social: la reformadora Concepción Arenal. La participación de Magda Donato en el Congreso celebrado en Berlín por la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer (IWSA) en 1929 y en otras iniciativas similares confirma la importancia de su trayectoria feminista (FAGOAGA, 1985: 184, ARRIAGA *et al.*, 2008).

Nuestra autora colaborará en *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *Mundo Gráfico*, *Estampa*, *Informaciones*, *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo*, *Ahora*, *Ondas*, *La Voz de Córdoba* y *Mi Revista*, entre otras cabeceras. En estos medios dejó constancia de las distintas escrituras que atraviesan su obra y su biografía, impregnadas por un discurso político republicano —militó desde 1930 en el partido federal, al que definía como un “milagro de la vejez del tiempo, de la vejez de la experiencia, de la venerabilidad y del respeto que lo rodean, compatibles con la extraordinaria, perenne juventud de su programa (...) que se ajusta hoy, más que nunca, a la situación del país” (*Ahora*, 9-III-1933), e impulsó las “meriendas federales femeninas”, un foro abierto de formación y debate político. Su trayectoria personal, laboral e intelectual está atravesada también por un hondo compromiso social de signo reformista, visible en sus reportajes testimoniales, “vividos” —de los que dan constancia su ingreso en la cárcel como una “delincuente” o su estancia en un albergue de mendigas disfrazada de “indigente”—; visible en sus acciones filantrópicas, benefactoras, y también en su defensa de la condición femenina (DONATO, 2009). Estos discursos y experiencias se manifiestan en sus vertientes periodística, política y escénica —como texto y como interpretación, desde su incorporación al grupo de teatro de

la Escuela Nueva en 1921 a la creación de la Agrupación Teatral Caracol con Rivas Cheriff en 1929— (AGUILERA SASTRE y AZNAR SOLER, 1999; DOUGHERTY, 1990), y facilitaron al público, según César de Vicente Hernando, la información necesaria para estar al día, participar de los cambios sociales desarrollados en la esfera pública y en los espacios privados, y reconocer a los sujetos políticos —mujeres y hombres— que impulsaron dichas transformaciones (DONATO, 2000: 16).

Así, a medida que transcurren los años de la Segunda República sus artículos se politizan más, se enraízan en las cuestiones de actualidad y giran en busca de las voces de personajes célebres y de la gente sencilla, multiplicándose las entrevistas que reflejan las grandes preocupaciones de la redactora. Eran tiempos de cambio, convulsos, en los que el pensamiento igualitario y la politización femenina se extendieron de manera transversal en la “nueva España” frente a la “España eterna”, antiliberal y católica, tiempos en los que se amplían los derechos y libertades ciudadanas y se aprueban el voto femenino, el matrimonio civil y el divorcio. Magda Donato manifiesta su esperanza ante estas reformas y expresa su satisfacción por la consecución del sufragio: “Cómo mujer, me alegro profundamente y espero no tenerme nunca que arrepentir como republicana” (*Heraldo de Madrid*, 2-XII-1931). Rebotante de optimismo, mantiene que “no hay nada en el mundo que pueda ser un peligro para la República”, y trata de crear opinión entre las mujeres de las clases medias y trabajadoras, mediante sus entrevistas. Especial interés tiene el reportaje publicado con motivo de las elecciones generales de noviembre de 1933, las primeras en las que se ejerció el voto femenino: “Cómo piensan las candidatas que lucharán por toda España el próximo día 19” (*Ahora*, 16-XI-1933). Una inclinación que ya había manifestado en 1920, cuando entrevistó a María Lejárraga, ferviente sufragista en nuestro país y presidenta del Comité Español que preparaba el Octavo Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino (RODRIGO, 1999: 39).

La guerra civil, que desarticuló tantas cosas, la llevó a realizar artículos sobre las milicias populares, las mujeres en la retaguardia o la situación de los soldados en el frente de Somosierra y en el de Huesca, en este caso con el periodista Nogareda, publicados en *Estampa*, y entrevistas a personajes políticos como Bosch Gimpera, rector de la Universidad de Barcelona y Consejero de Justicia de la Generalidad, y Victoria Kent, Secretaria de la Embajada de España en Francia, que vieron la luz en *Mi Revista*, a la vez que realizaba viajes a Alicante y Valencia, presumiblemente para realizar informes políticos, trabajando en esta ciudad y en Barcelona en la Secretaría de Propaganda con Juan José Domenchina y Constanza de la Mora (RODRIGO, 1999: 52). Magda Donato interrumpirá bruscamente los programas en Radio Fémica, la escritura de novelas cortas (*La carabina*, *Las otras*

dos) y cuentos infantiles (la serie dedicada a Pinocho, *Pipo y Pipa*), que tanta fama le habían dado, con Bartolozzi como ilustrador, las traducciones literarias, la adaptación de textos teatrales (*¡Maldita sea mi cara!*) y los montajes escénicos. Acabada la guerra, el camino del exilio, en compañía de Bartolozzi, fue dantesco. Desde el paso de la frontera por La Junquera, casi sin dinero y con lo puesto, hasta su llegada a París, adonde huyeron de madrugada abandonando el tren de refugiados que les conducía al norte de Francia, cuando el convoy realizó una parada cercana a la capital francesa. Tras un paréntesis estabilizador, que les proporcionaría trabajo en la radio, la prensa y el teatro —la preparación de la puesta en escena de *Pinocho au Pays du bonheur* en el parisino Teatro Maigny—Marcel—, la invasión nazi les conducirá, tras un agitado periplo por diferentes ciudades, a Niza, donde embarcan en el *Mont Viso* con rumbo a Martinica. Pero tras la primera escala efectuada en Casablanca, el barco será devuelto a este puerto por destructores ingleses. Conducidos al campo de Kasbahtdla, gozaron de un régimen de libertad que les permitió reponerse y dar clases de español y dibujo para ganarse la vida, hasta obtener plaza en el vapor *Quanza*, rumbo a México (DOMÍNGUEZ PRATS, 1992).

En este país se producirá el reencuentro de Donato con los escenarios en la Compañía de Amigos del Teatro de México, el Teatro de la Casa de Francia y el grupo *Les Comédiens de France*, que montaba sus representaciones en el Palacio Bellas Artes y en el Teatro Molière de la capital. En 1950 muere Bartolozzi. Diez años después Magda Donato, que fue dirigida por importantes directores y directoras de escena, triunfará interpretando a La Vieja (*Semiramis*) en la obra de Ionesco *Las sillas*. Fue la más bella, feliz e interesante experiencia de su carrera, según manifestó a María Lejárraga, tras reconocer que la lucha en el exilio había sido para ella, “vieja, sola, en tierra extraña, y sin ninguna agarradera de partido, bando o religión, más dura y más dolorosa que para nadie”. Posiblemente tuvo ocasión de recordar más de una vez a Mariana Pineda, a quien admiraba por “su heroísmo discreto, por su feminidad, por su serenidad al morir” (*Estampa*, 17-XII-1932). Magda Donato falleció en Ciudad de México en 1966. Aunque el telón ya no volvería a levantarse sobre los escenarios de su vida, el Premio póstumo instituido con su nombre en aquel país constituye el mejor homenaje a su memoria.

Bibliografía

- AGUADO, Ana y RAMOS, María Dolores: *La modernización de España (1917-1936). Cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2002.
- AGUADO, Ana y RAMOS, María Dolores: “La modernidad que viene. Mujeres, vida cotidiana y espacios de ocio en los años veinte y treinta”. *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 14.2 (2007), 265-289.
- AGUILERA SASTRE, Juan y AZNAR SOLER, Manuel: *Cipriano de Rivas Cheriff y el teatro español de su época (1891-1967)*. Madrid, ADE, 1999.
- ARRIAGA, Mercedes et al. (eds.): *De lo sagrado y lo profano: mujeres tras/entrei/sin fronteras*. Sevilla, Arcibel, 2008.
- BERNARD, Margherita et al. (eds.): *Papel de mujeres/mujeres de papel. Periodismo y comunicación del siglo XIX a nuestros días*. Bérnago, Sestante, 2008.
- BORDONADA, Ángela (ed.): *Novelas breves de escritoras españolas*. Madrid, Castalia, 1990.
- BRAVO VILLASANTE, Carmen y GARCÍA PADRINO, J.: *Homenaje a Salvador Bartolozzi*. Madrid, Porrúa-Turanzas, 1984.
- CERVERA, Juan: *Historia crítica del teatro infantil español*. Madrid, Editora Nacional, 1982.
- DOUGHERTY, Dru: *La escena madrileña entre 1918 y 1926*. Madrid, Fundamentos, 1990.
- DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar: *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*. Madrid, Universidad Complutense, 1992.
- DONATO, Magda: *La carabina* (novela). Madrid, La Novela de Hoy. Editorial Rivadeneyra, 1924.
- DONATO, Magda: *Las otras dos* (novela). Madrid, La Novela de Hoy, Editorial Rivadeneyra, 1931.
- DONATO, Magda: *Pipo y Pipa y el lobo Tragalotodo/Pinocho en el País de los Cuentos*. Edición de César Vicente Hernando. Madrid, ADE, 2000.
- DONATO, Magda: *Reportajes*. Edición de Margherita Bernard. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2009.
- DONATO, Magda y PASO, Alfonso: *¡Maldita sea mi cara! Farsa cómica en tres actos*. Madrid, Editorial Rivadeneyra, 1929.
- ESPINA, Antonio: *Salvador Bartolozzi, monografía de su obra*. México, Unión Editorial, 1951.
- FAGOAGA, Concha: *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España. 1877-1931*. Barcelona, Icaria, 1985.
- GARZÓN, Jacobo Israel y PUERTA, Javier de la: “Carmen Eva Nelken (Magda Donato), esa desconocida”. *Raíces, Revista judía de cultura*, 10, 43 (2000), 43-50.
- MANGINI, Shirley: *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, Península, 2001.
- MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, Josebe: *Margarita Nelken (1896-1968)*. Madrid, Ediciones del Orto, 1997.
- NIEVA DE LA PAZ, Pilar: *Autoras dramáticas españolas entre 1918 y 1936*. Madrid, CSIC, 1993.
- RAMOS, María Dolores: “Las primeras modernas. Secularización activismo político y feminismo en la prensa republicana”. *Historia Social*, 67 (2010), 97-112.
- RAMOS, María Dolores y MORENO, Mónica (coords.): “Mujeres y culturas políticas (dossier)”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), 13-185.
- RODRIGO, Antonina: *Mujer y exilio. 1939*. Madrid, La Compañía Literaria, 1999.

SELECCIÓN DE ARTÍCULOS

“Hay mil maneras de casarse” (*El Imparcial*, 3 de abril de 1917, p. 3)

Para una muchacha de Europa el casamiento lleva en sí un cierto número de complicaciones. En España, por ejemplo, la mujer tiene que gustar de golpe y porrazo a un hombre que pasa a su lado por la calle; luego tienen que los dos que aprender el abecedario de los sordomudos, y si el noviazgo empieza en invierno tienen que exponerse: ella a una pulmonía permaneciendo horas enteras en el balcón, él a una tortícolis por tener otras tantas horas la cabeza levantada para contemplar el rostro de su reciente bien amada.

En Francia es un amigo de ambas familias el que les comunica alternativamente su propósito matrimonial. Tienen que corresponder las fortunas, las situaciones, las edades, ¡hasta a veces tienen que gustarse los novios!

Para tanta complicación y tanto rodeo, que a veces no dan resultado, hay que poder desperdiciar el tiempo; esta es la opinión de muchos americanos que, según sabemos por buen número de comedias y de dramas policíacos, son personas muy atareadas y que siempre tienen prisa. Nuestras mismas Agencias matrimoniales, que consideramos como el colmo del “confort moderno”, les parecen atrasadas y poco prácticas. En Nueva York existe una incomparablemente más rápida y más sencilla, es más bien una Exposición permanente de señoritas casaderas. La primera sala está decorada con los retratos de las que desean de esta manera contraer matrimonio. Al pie de cada retrato está la biografía detallada de la “candidata”: nombre, edad, dote, etc... Cuando un caballero ha hallado entre los retratos el ideal de quien aspira a hacer su dulce mitad, oprime un botón eléctrico colocado al pie del retrato. Una puerta se abre, y el candidato se encuentra frente a una reunión de muchachas, entre las cuales reconoce con emoción —yo así lo supongo— la encarnación del susodicho ideal. Si los dos se convienen —y esto [es] lo que ocurre generalmente, pues un americano no pierde tanto tiempo en balde—, toman en el acto cita para la ceremonia nupcial.

Este sistema tan... expeditivo parece excesivo a veces hasta a los mismos americanos. Las mujeres, sobre todo, prefieren más romanticismo, más fantasía, a veces más extravagancia. Así, una viuda joven, guapa y rica, tuvo la idea sensacional de ofrecerse en lotería. Organizó un concurso de belleza masculina en el que su mano constituía el premio. Pero queriendo poner en la aventura una nota de utilitarismo, dio un segundo premio: una bicicleta. Esta última ocurrencia le salió mal; el feliz ganador declaró tener ya novia, y por consiguiente preferir el velocípedo a la dama. ¡Oh galantería!

Sin embargo, la idea de esta viuda americana puede ser aprovechada, invirtiéndola, naturalmente, en Europa después de la guerra. ¿No dicen que el mundo va a padecer una tremenda escasez de hombres y que el número de solteras va a aumentar en una aterradora proporción? ¡Mil mujeres para un hombre! Decididamente tales rifas se impondrán con toda necesidad.

Otra manera de encontrar novio que daría seguramente maravillosos resultados es el sistema japonés. Allí quien se encarga de todo es un “casador” de profesión,

y la costumbre quiere que los novios no se conozcan hasta que las tres rituales tacitas de “saké” (vino de arroz) bebidas por ambos consecutivamente hayan sellado su unión. Entonces solamente la novia está autorizada para quitarse el inmenso gorro de seda blanca que su suegra le pone sobre la cabeza la mañana misma de la boda. Este es el momento en que los dos novios tienen la sorpresa —no siempre agradable— de conocer sus respectivas “fachadas”. En una palabra: el Japón es el país ideal para las muchachas cuyos encantos son principalmente espirituales y, por consiguiente, incapaces de proporcionarles un novio a simple vista. He de añadir que desde que la “civilización de los bárbaros occidentales” ha ido a despertar el alma japonesa, dormida en sus jardines liliputienses, sus tradiciones y sus casitas de papel, ha sido concedido a las pequeñas “musmés” el derecho de cambiar con sus novios unas miradas y hasta unas palabras antes de que la boda sea celebrada, no ya por tres tazas de “saké”, sino por sacerdotes de carne y hueso.

El atenerse a la costumbre del país donde se vive parece cosa demasiado vulgar para ciertas personas deseosas de originalidad. Para ellas, el casarse en la iglesia o en el templo, como todo el mundo, carece de fantasía y de gracia. Hay que encontrar algo nuevo, inaudito, algo que llame la atención sobre una. Así pensaría miss Carlota Wiberg, de Boston, cuando, solicitada por Mr. Arturo Andrassy, puso una condición: la boda había de celebrarse en la jaula de los leones del parque Zoológico de la ciudad. El novio aceptó con entusiasmo.

Cinco mil personas asistieron a la sorprendente ceremonia, que fue bendecida por el reverendo G[e]orge Reader; éste, más prudente, se quedó fuera de la jaula, en la que, a través de los barrotes, los desposados, serenos e imperturbables, contestaban tranquilamente a sus preguntas. Junto a ellos una pareja de hermosos leones rugía, contenidos por el látigo del domador. Lo mejor de la historia es que los cinco mil espectadores habían pagado su entrada, con lo cual tuvieron los novios para poner casa.

Vamos, señoritas, ánimo a ustedes a seguir este ejemplo: de la noche a la mañana obtendrán la celebridad y una dote bastante satisfactoria. Sólo que en Madrid hay un inconveniente. ¿Quién iba a pagar por ver afrontar la indiferencia de estos animaluchos soñolientos y aburridos que, con el nombre imprevisto y feroz de “leones” arrastran su mísera existencia en las jaulas de nuestra Casa de Fieras?

“La mujer y el periodismo” (*El Imparcial*, 13 de enero de 1918, p. 3)

En una revista francesa, Luciano Descaves anuncia el acceso de una mujer al periodismo de gran información. Se trata de madame Marylie Markovitch, que marchó a Rusia y se encontró allí con el palpitante espectáculo de la revolución. Mme. Markovitch no ha desaprovechado el momento y ha enviado a la *Revue des Deux Mondes* varias informaciones que han llamado poderosamente la atención, no ya sólo por su índole, sino por la manera en que están relatadas. Añade Descaves que para las mujeres es un verdadero motivo de orgullo el que una de ellas haya triunfado en el más difícil y peligroso reportaje mejor que ningún hombre.

Motivo de orgullo, sí; pero no de extrañeza; de todas las ramas literarias, la que mejor nos conviene es, sin duda alguna, el periodismo, toda clase de periodismos. Cada día —y a esto la guerra ayudará prodigiosamente— una nueva prueba ha de demostrar que no sólo el periodismo se adapta mejor a nuestro espíritu y a nuestro temperamento que ninguna clase de literatura, sino también que nosotras estamos mejor constituidas que los hombres para el periodismo.

Esto no es del todo favorable para nosotras. De todas las profesiones que tienen alguna relación con la literatura, dominado, sometido por el despotismo de la actualidad, cosa superficial y esencialmente efímera, es la más inferior, desde el punto de vista espiritual, es la que menos se presta a mediciones y especulaciones; por eso nos conviene.

No hago alarde aquí de antifeminismo; soy, al contrario, una feminista convencida en cuanto se relaciona con las materialidades de la vida. Así, me parece monstruoso que una mujer no pueda firmar un contrato sin autorización de su marido, y me parece muy lógico que las mujeres de los países donde el alcoholismo destruye sus hogares, reclamen el derecho a votar, puesto que en el voto femenino está su único medio de defensa contra el vicio que los hombres no saben o no quieren combatir.

Pero esto no me puede cegar en cuanto a la constitución de nuestro espíritu. Las mujeres podemos tener mucho talento, no somos nunca geniales; desde que el mundo es mundo, la mujer más extraordinaria queda reducida a poco si se la compara con uno de los grandes genios masculinos; lo cual no impide que haya habido, y hay, mujeres de un enorme valor intelectual... en cuanto a mujeres.

Esta aseveración carece de novedad y es demasiado sabida para necesitar demostración alguna. Sin embargo, por satisfacción personal, quiero recordar la mayor novelista femenina: Jorge Sand. Esta mujer admirable, de originalidad y de independencia en su vida privada, fue en sus novelas un juguete que recibió dócilmente las sucesivas influencias de sus sucesivos amigos. Esto es natural, su espíritu, siendo femenino, es decir débil e inconsistente, estaba dominado por la sensibilidad de su corazón.

La condesa de Pardo Bazán no es un ejemplo de talento femenino, sino de que para llegar a ser algo grande, el espíritu de la mujer debe forzosamente perder su feminidad, masculinizarse. Así mismo, Colette, que tan magistralmente ha dado en “La vagabunda” la verdadera novela de la mujer, la única que, siendo verdadera y siendo femenina, es sencilla y fuerte; Colette es genial... en un plano secundario.

Ya la poesía, que parece debe ser patrimonio nuestro, pertenece más bien al hombre; acaso porque, contrastando con su fuerza, se asimila más que nosotras al niño, poeta inconsciente.

Y volvamos al periodismo. Esta, lo repito, es nuestra vía. Carecemos de las cualidades especulativas que para el periodismo son una inutilidad y hasta un estorbo, y además tenemos todas las que le son necesarias. Así nosotras somos instrumentos igualmente admirables y fieles para el periodismo de ideas y para el periodismo de información.

El periodismo de ideas no requiere que el periodismo tenga ideas propias. A los pensadores corresponde la tarea de tener ideas; al periodista, la de hacerlas suyas, primero, merced a una intuición, a una comprensión, a una finura de espíritu excepcionales; luego, les corresponde la tarea de hacerlas de todo el mundo, de

generalizarlas, de ponerlas en circulación merced a su estilo ameno, a su facundia, a su... —aquí me veo, con mucho sentimiento, en la necesidad de emplear una palabra francesa intraducible a nuestro idioma—; el periodista ha de tener *bagout*.

Para esta labor superficial y parlanchina, ¿quién mejor que la mujer?

Pero el verdadero periodismo, el periodismo verdaderamente periodístico, es el de información. Pocas mujeres todavía se han dedicado a él, por lo menos como debían hacerlo. Sin embargo, una francesa, María Laparcerie, ha sabido ver y aprovechar con mucha gracia su parte pintoresca. María Laparcerie ha sido cochero cuando hubo en París el fracasado intento de adaptar a las mujeres a las mujeres a este oficio. María Laparcerie fue también corista de ópera; y ejerció así multitud de oficios, cada uno durante breves días, de esta manera, sus artículos tienen el doble interés de ser exactos y de haber sido vividos.

Pero el periodismo práctico debe tener algo más que la parte pintoresca; su deber es hacer mucho bien, destruir lo que está mal y ayudar a la edificación de lo que pudiera estar bien. Y para realizar con el periodismo cosas grandes y bellas, hay que considerarlo, no como un oficio más o menos lucrativo, sino como un medio para la realización de estas grandes y bellas cosas.

Y esto nosotras las mujeres somos capaces de comprenderlo y de sacrificarnos para ello; sólo nosotras podemos aportar las cualidades para tan hermosa tarea, no realizada aún. En cuanto el ambiente se haya despejado por completo de su estrechez y de su mezquindad molesta, las mujeres podrán libremente consagrarse al periodismo, que sólo ellas pueden hacer llegar a su pleno desarrollo. Sólo las mujeres tienen bastante corazón para poner en el periodismo la dosis de humanitarismo desinteresado, del cual es susceptible; sólo ellas tienen bastante constancia o testarudez para llevar su tarea a cabo, a través de todas las dificultades y de todas las amarguras; sólo ellas tienen bastante valor y bastante serenidad para afrontar todas las luchas; sólo ellas, en fin, son capaces de bastante pasión para encariñarse con su obra, y de bastante fe para, poniéndose a su nivel y queriéndola, redimirla del cinismo periodístico, con el cual los hombres creen probar una superior.

“‘Por no enterarse’, dice” (*España*, n.º 277, 21 de agosto de 1920, p. 13)

Recuerdan ustedes el cuento de aquel señor que, habiendo perdido sucesivamente los brazos, las piernas, ¡hasta la cabeza!, y no sirviendo ya para nada, no tuvo más remedio que hacerse crítico de arte?

Hasta ahora la crítica artística era el último refugio, el recurso supremo de todos los ignorantes, de todos los idiotas, de todos los intelectualmente impotentes —salvo, naturalmente, honradísimas excepciones—, y cuando en un periódico había un redactor incapaz hasta de “hinchar el telegrama”, el director benévolo le daba la sección de la crítica de arte.

Esto sucedía así hasta hace muy poco; pero ahora y desde este punto de vista, el feminismo empieza a hacer una competencia muy seria a la crítica artística. Se habla de feminismo casi con la misma facilidad, y desde luego, con más ignorancia todavía que de arte; el que no sabe nada, no ha estudiado nada, ni está enterado de

nada, se hace feminista y escribe artículos donde dice que las cosas han cambiado mucho. Que la mujer no puede ya servir exclusivamente para el matrimonio, que convendría que la mujer española evolucionase, y que en el extranjero las mujeres realizan cosas maravillosas, etcétera, etcétera...

Los hombres que escriben de feminismo en España pueden dividirse en tres categorías:

1.º Los que saben lo que dicen y juzgan el feminismo y las mujeres con más cultura, con más serenidad y con mayor altura de miras que nosotras mismas. En este momento no recuerdo que esta categoría privilegiada esté representada aquí por más de un nombre: Luis de Zulueta.

2.º Los inofensivos, o sea los que se limitan a repetir dócilmente todos los viejos “clichés”, los que no traen nada nuevo y no nos hacen ningún bien, pero que tampoco nos hacen mal. A esta categoría pertenece en primera fila el amable señor Francos Rodríguez.

3.º Los pedantes; los que se meten a resolver problemas que no conocen ni por el forro y tienen la loca pretensión de guiarnos y aconsejarnos, y a fuerza de tomar tonillos protectores y superiores, acaban por forzar la siempre bobalicona admiración de las masas; el prototipo de estos feministas en España es el señor Cristóbal de Castro.

Al señor Cristóbal de Castro le ocurre una cosa curiosa: es la serena inconsciencia con que habla de cosas que desconoce en absoluto. Siempre que he leído crónicas de este señor me ha sorprendido la falta de estudio previo que denotan; tanto es así, que al ver un artículo suyo titulado *Por no enterarse* (hace ya algún tiempo que se publicó) me alegré, suponiendo que el autor había hecho un serio examen de conciencia y se resolvía cristianamente a hacer una confesión pública.

Pero no; no había tal cosa, según el señor Cristóbal de Castro, los que no están enterados, es el mundo entero, y el único que lo está es él.

¿Y de qué está enterado el señor Cristóbal de Castro? Pues está enterado de todos los pormenores del Congreso Feminista de Ginebra y del por qué no se ha celebrado aquí, y de que no ha habido negativa alguna al no ceder, para dicho acto, la Sala del Teatro Real, y de que no ha habido influencia alguna del clero, ¡qué se yo! En fin, el señor Cristóbal de Castro está enterado de muchísimas cosas, y con su benevolencia acostumbrada condesciende a comunicarnos los resultados de su preciosa e ilimitada sabiduría.

¿Y cómo se ha enterado el señor Cristóbal de Castro de todo esto? ¿Creerán ustedes que ha necesitado para ello informarse profundamente, estudiar, proporcionarse pruebas? ¡Quiá! Nada de eso; claro que tampoco es por ciencia infusa. El señor Cristóbal de Castro no necesita tantos requilorios. Para enterarse de cosas discutidísimas, y que muy pocos conocen a fondo, al señor Cristóbal de Castro le ha bastado para enterarse perfectísimamente, una conversación con la doctora Luisi, a su llegada del Uruguay.

Y, naturalmente, no cabe la menor duda de que “nadie mejor” que una persona que llega de América para dar matices precisos y concluyentes acerca de asuntos privados y hasta secretos en España.

Frente a estas pruebas tan concluyentes, no me queda más remedio que callarme, yo, pobre infeliz, no iniciada en la omnisciencia del señor Cristóbal de Castro, yo, humilde cronista, que para enterarme me he limitado a ir a Ginebra, hablar con la propia presidenta de la “Alianza Internacional” y leer con mis propios ojos una carta tan interesante como significativa, escrita por el director de *El Debate* a la señora de Martínez Sierra, donde le daba datos precisos acerca de las opiniones de cierto obispo muy influyente.

Queda, pues, acordado que me callo y me inclino ante las pruebas irrecusables que se digna ofrecernos el señor Cristóbal de Castro.

Pero ¿es que la sabiduría del señor Cristóbal de Castro puede limitarse en un artículo a los pormenores del Congreso? ¡De ninguna manera! Para terminar, el ilustre escritor se digna hacernos saber que “El Congreso se ocupará de temas extra sufragistas, hiper sufragistas, por ejemplo: el trabajo nocturno, el seguro de las obreras embarazadas, la higiene de los niños en los talleres y escuelas, la reforma del trabajo a domicilio, etc., etc... Nada de esto tiene que ver con el sufragio, conviene que conste para aviso de sufragistas impenitentes”.

¿Con que “nada de esto tiene que ver con el sufragio?” Por lo menos, el señor Cristóbal de Castro no se limita a los viejos “clichés”; trae al problema feminista ideas nuevas y personales, y, sobre todo, imprevistas y originales, ¡oh! De una originalidad que aplasta, que atonta, que anonada.

Sólo él podría descubrir que los temas citados no tienen nada que ver con el sufragio.

He oído decir un día a una persona que tenía fraternidad espiritual con un tal Pero Grullo, que el desear dinero es un absurdo porque el dinero es un vil metal, cuyo valor es puramente facultativo, y que para un salvaje un botón de cobre es preferible a una moneda de oro; por lo tanto, lo que debe desearse no es dinero, sino alimentos, ropas y viviendas, cuyo valor es fijo e inmutable.

Y esta persona no cayó en la cuenta de que el dinero nunca es considerado en sí, sino únicamente como intermediario entre nosotros y los alimentos, las ropas y las viviendas.

Pues exactamente lo mismo pasa con el sufragio femenino, ¿sabe usted, señor Cristóbal de Castro? El sufragio no es una finalidad, nunca, es únicamente un medio, una base, precisamente para esos temas de que ha tratado el Congreso. Deseamos el sufragio para realizar esos ideales, lo mismo que la gente desea el dinero para satisfacer sus necesidades. ¿Le parece a usted que la correlación entre sufragio y “todo eso” es poca, siendo el sufragio la condición *sine que non* para la obtención de “todo eso”?

Como usted comprenderá, señor Cristóbal de Castro, yo no he tenido intenciones de darle a usted una lección; usted es, sin duda, un hombre de mucho talento y un escritor extraordinario; pero, créame usted, señor Cristóbal de Castro, hable usted de toros, o de agricultura, o de lo que usted quiera, pero no de feminismo. Porque hay muchos hombres, señor Cristóbal de Castro, a quienes les pasa lo que a muchas mujeres: que debían dedicarse en este mundo a las labores propias de su sexo.

“Criadas y señoras” (*Mundo Gráfico*, 27 de julio de 1921, p. 18)

Hace poco ha habido un conato de sindicación doméstica. Se publicó en algunos periódicos un manifiesto, firmado por “las jóvenes comunistas”, que pedía para las criadas de servicio la jornada de doce horas, la reglamentación de las horas de trabajo y de descanso, aumento de sueldo, etc., etc... Hubo incluso amagos de huelga general.

La tentativa, hecha con torpeza, sin preparación ni seguridad, fracasó sin promover luchas ni discusiones. Fracasó sepultada bajo una lluvia de chistes, caricaturas, cuplés y crónicas humorísticas rebosando mucho más ingenio que compasión o humanidad.

El resultado era de prever. En pleno siglo XX, la criada, ya transformada en el extranjero en una obrera doméstica o en *ayuda de casa*, social y legalmente dignificada y protegida, sigue siendo aquí el ser que ha nacido para servirnos nada más. Es una mujer que trabaja y, sin embargo, no es una obrera; es una mujer que no tiene parte en los progresos del feminismo; y sus pretensiones no pueden ser ni atendibles ni indignantes, sino absurdas y risibles.

Tratándose de las criadas, ¿dónde está la ley? La ley se acuerda de ellas para castigar el robo doméstico con especial severidad. Por lo demás...

La ley reglamenta las horas de trabajo y descanso del obrero; las de la criada, no. La ley se ocupa, por defectuosamente que sea, del albañil que se cae de un andamio y del obrero que se corta la mano con una máquina. Pero la ley olvida a la criada que se cae por el balcón al tender la ropa o se rompe una pierna en cualquier faena del hogar. La ley prohíbe que la mujer ejerza ciertos trabajos de fábrica nocivos a la salud femenina y, por tanto, a la conservación de la raza. Pero la ley permite que miles de muchachas se estropeen el organismo dando cera, trabajo que debiera ser reservado a los hombres. La ley reglamenta la edad en que la niña puede empezar a ejercer el trabajo de fábrica. Pero le importan muy poco las niñas-niñeras que curvan su débil columna dorsal bajo un peso infinitamente superior a sus fuerzas, en la edad tan delicada del tránsito de niña a mujer, e incluso en la edad de la más tierna infancia. Existen en España *niñeras de siete años*.

La ley se olvida de las criadas ¿Y nosotras?

Nosotras somos más culpables todavía; nosotras hablamos de sus obligaciones y nunca de nuestros deberes. Nosotras, que sabemos ver sus defectos, su mentalidad algo primitiva, sus sentimientos a veces bajos, su comportamiento a menudo vil, no sabemos comprender la influencia demoleadora que ha de tener sobre el espíritu, el corazón y el carácter de una persona una existencia rutinaria e indigna, consagrada en absoluto a trabajos brutales y a veces repugnantes; una existencia sometida al *respeto* hacia los amos; una existencia de *mujer de su casa*, pero sin hogar, sin marido y sin hijos.

Nosotras sabemos quejarnos porque una criada nos deja *planchadas* con el castigo de tener que hacer durante unos días lo que ellas hacen toda la vida. Pero ¿sabemos bien lo que hacemos al despedir sin previo aviso a una mujer que se encuentra entonces en la calle, obligada a gastar en dos días sus ahorros de varios meses... cuando los tiene?

Porque nosotras, que tanto hablamos de nuestra beneficencia y nos ocupamos de fundar o sostener asilos y hospitales, todavía no hemos pensado en fundar un albergue donde las criadas sin casa encuentren siquiera una cama y un plato de sopa.

Nosotras, que en nuestros famosos proyectos feministas ponemos siempre en primera fila la moralización, el saneamiento social, todavía no hemos parado mientes en que el servicio doméstico es el que más fuertes contingentes proporciona a la prostitución femenina.

Estas breves líneas, que no son, en ningún modo, una apología de la criada de servir, tampoco tienen, ¡ay!, la loca pretensión de lograr un resultado práctico. Solamente quisiera que sirvieran para atraer sobre la situación absurda y anacrónica de una parte de la sociedad ese sentimiento que tan poco cuesta y tanto puede: la atención.

“La radiotelefonía y la mujer” (*Ondas*, 19 de junio de 1927)

La radio, amiga

Sin duda es también amiga de los hombres; pero ellos... la necesitan menos. Y la amiga de los niños; pero los niños tienen poca paciencia para permanecer mucho rato quietecitos y silenciosos, escuchando; si acaso, cuando están enfermos, o los jueves, cuando les habla “Kiki”.

Para la mujer, y quizá más para la española que para ninguna otra, la radio ha venido a ser la amiga ideal.

Nuevo Hércules, deponiendo su fuerza a los pies de la debilidad femenina — fuerza máxima— el más grande, el más prodigioso, el más sorprendente de todos los inventos modernos ha querido someterse, reducirse, suavizarse para, bajo la forma de un juguete apenas científico, poner un poco de gracia y de amenidad, de luz y color en la vida gris de la “mujer de su casa”.

Y la radio ha llegado a ser la mejor amiga; la amiga desinteresada e inteligente; la que todo lo da y nada pide; la que siempre tiene algo que contar o que cantar, y nunca pregunta: la compañía ideal para las largas, monótonas horas dedicadas a los mismos trabajos que nunca se acaban, que se renuevan fatalmente un día tras de otro día, “hard labour” sin indulto del cual ha dicho un poeta francés:

“La vie humble, aux travaux ennuyeux et faciles/Est une ouvre de choix qui veut beaucoup d’amour.”

(La vida humilde, con sus tareas aburridas y fáciles/ Es una obra de elección que requiere mucho amor).

Y es, sobre todo, la única amiga que, sin curiosidad, ni compasión sutilmente venenosas, la que no se deleita despertando, agudizando, exasperando, con piadosa sensiblería, los terribles dolorcillos menudos —celos, desengaños, rencores— que duermen, dispuestos siempre a sacar las uñas, en toda vida de mujer.

La radio, sedante

Día de mal humor; llamémoslo femeninamente: “día de nervios”.

Desde esta mañana, infinitas agujas, odiosamente tenues, se han clavado en el alma de la señora.

La criada ha tardado en la compra más que de costumbre, y luego se ha descarado. ¡Y tener que aguantarse!

Se han traído los recibos de la luz y del gas; son aterradores. Este mes está visto que el dinero no llega ni al día 25. ¿Qué hacer? ¡Eso de vivir con preocupaciones económicas no es vivir!

Los chicos han estado insoportables; estas criaturas le amargan la vida. No se puede con ellos; su educación es pésima. Va a haber que tomar una resolución. ¿Cuál?

El calor se ha echado encima, y ella con traje de lana. ¡Eso de no tener nunca que ponerse!

Y, para remate, esta noche es la tercera que el marido sale después de cenar, con el pretexto de cierto negocio que tiene que ultimar en el café, uno de esos negocios que no se explican a las mujeres, porque ellas “no entienden”.

Claro; ¡cómo que somos tontas! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ojalá lo fuéramos y no tuviéramos tanta vista! Pero lo que pensamos y tememos y sospechamos, les tiene sin cuidado a los hombres. Con tal que les zurzamos los calcetines!

A propósito de zurcir, se ha acumulado en el cesto de la costura un montón de ropa imponente. ¡Todos a destrozarse, y una sola a coser!

Con lagrimitas de rabia en los ojos, la señora se ha sentado en su silla baja; se ha acercado al terrible cesto y se dispone a pasar su “deliciosa” velada; antes, con un gesto maquinal, y encogiéndose de hombros, se ha calado el casco con los auriculares.

Claro que ni siquiera escucha; ¡para músicas está ella!; y, sin embargo, la música en ella va penetrando; son las armonías graves, amplias, altas, del “Largo” de Haendel. Y, cuando callan, las lagrimitas de rabia han resbalado ya por las mejillas de la señora arrastrando muchas cosas, como hubieran arrastrado un carboncillo que se le hubiera metido en el ojo.

Luego... se ha reído con una escena de sainete, se ha conmovido con unos versos de Carrère; se ha maravillado con una disertación de vulgarización astronómica; ha recordado su infancia al compás de “La gran Vía”.

Y a modo de telón de fondo han ido desfilando por su imaginación, por segunda vez esta noche, las figuras de sus verdugos familiares ya “ligeramente” transformados.

El dinero... todos los meses sucede igual; hacia el 20 parece que no va a alcanzar y luego, ¡bah! De algún modo acaba siempre saliendo adelante, ¿a qué preocuparse?

Los chicos... claro que son traviosos, pero eso es un indicio de buena salud; solamente los niños enfermizos o tontos son mansitos.

La modista... total, con un ligero arreglo en el cuello y en las costuras de los lados el vestido quedará precioso; y de hechura es barato; hoy ya no se encuentran modistas que trabajen por ese precio, es natural que se la disputen y que tarde en entregar las prendas.

El marido... otros habrá peores; realmente no parece que mienta; aquel día en que dijo que iba al círculo, ella comprobó luego por teléfono que era cierto. Y hoy, después de trabajar todo el día, aún va a ocuparse de los negocios ¡el pobre!

Este cesto lleno de ropa...; pero, ¡si ya no queda nada! Pues ¿cuánto tiempo lleva cosiendo... y escuchando? ¡Más de dos horas! Son las doce y media. Los acordes de la Marcha Real anuncian precisamente el final de la emisión. Suena el ruido del llavín de la puerta de entrada. ¡Es él! Llega radiante; el negocio está hecho. ¡Se prepara un veraneo magnífico!

La señora va hacia el armario del botiquín; lo abre, saca un frasco de bromuro que guardaba para los “días de nervios”, y del cual se le olvidó hoy tomar una cucharada... y lo tira por la ventana.

La radio, cultural

El mundo exterior que tanto tiempo permaneció inexistente para la mujer española, ha penetrado en nuestros hogares, en los más cerrados, en los más adustos, en los más “incultos”, se ha filtrado por las paredes, por obra de magia, por... por radiofonía.

En los hogares y también en la *mentalidad femenina*, terreno casi virgen de cultura, y, sin embargo, el más fértil de todos; el más acto para hacer fructificar con él buena semilla.

La radio de recreo ha ido entreabriendo el espíritu de la mujer española con la máxima eficacia de sus enseñanzas que no lo parecen.

Tal señora a quien siempre hizo bostezar la idea de leer un libro que no fuese un folletín, y que en una conferencia o en un concierto no hubiera tenido más entretenimiento que observar los sombreros de sus vecinas, no olvidará ya nunca aquel “*lied*” de Schumann que vino oportunamente a consolarla en una hora de pena, ni aquel trozo de “*Fígaro*”, recitado por la voz ya amiga del simpático *speaker* y atentamente escuchado por ella, mientras echaba un remiendo a una camisa de su marido.

La radio no ha intentado cambiar el curso cotidiano de su vida, esta vida, quizá, algo mezquina y tontona; pero en la cual ella se sentía instalada cómodamente, como un feo y arcaico butacón de reposo granate.

Para la mujer, la radio ha embellecido, poetizado, quizá, la materialidad de las faenas del hogar, poniendo en ellas una nota de culta espiritualidad, y ha dado a la mujer española una nueva personalidad, sin adular la suya propia, cuya recia hermosura está amasada por siglos de sumisión... aparente.

“Las ‘pinzas’ de Doña Leónides” (*Estampa*, 6 de febrero de 1932, p. 17)

“No hay otra como ella”, decía mi abuelita, en aquel tiempo en que mi abuela se preocupaba todavía de la habilidad de las modistas.

“No, no hay otra”, aprobaba mi madre, en aquella época en que mi madre seguía todavía el ejemplo y los consejos de la suya, en materia modisteril.

Y el mérito sin rival de doña Leónides no me dejaba lugar a duda, en aquel tiempo en que las cuestiones de trapos tenían menos interés para mí que la navegación en los canales de Marte...

Sí, la habilidad de doña Leónides debía de ser muy grande por cuanto los vestidos que de sus manos primorosas salían siempre “como un guante”.

Desde las ballenitas que sostenían el cuello alto, hasta el flequito de lana que a modo de “barredera”, bordeaba la falda, no se hubiera encontrado nunca en ellos una sola arruga inoportuna.

El corpiño moldeaba el pecho, y la falda avalaba las caderas, de tal modo, que, sin necesidad de almohadilla ni rígidos volantes interiores, cualquier cliente de doña Leónides podía presumir de cuerpo, aunque no pesara la pobre más que setenta y tres kilos..

Y esto era debido, principalmente, a las “pinzas”. ¡Ah! ¡Las “pinzas” de doña Leónides! ¡Qué obra de arte! ¿Cuántas “pinzas” tendría un corpiño confeccionado por doña Leónides? ¿Diez? ¿Treinta? ¿Mil? Pues bien; todas estaban colocadas con tal maestría que lograban un talle de avispa, aun cuando la “paciente” se dejase tan flojos los cordones del corsé que le permitían respirar casi sin dificultad.

Bien merecida tenía su fama doña Leónides: pero mi admiración por ella no tenía las mismas causas que la de sus clientes.

A mí me tenían sin cuidado las “pinzas” de doña Leónides: lo que me maravillaba era su talento para hablar con alfileres en la boca.

Aquellos alfileres que apretaba entre sus dientes, se los iba sacando con un gesto lleno de elegancia, arqueando graciosamente el dedo meñique, para clavarlos en una jareta o en un volante.

La habilidad con que doña Leónides hablaba con alfileres en la boca (¡alfileres en la boca! Había que ser nada menos que doña Leónides para cometer semejante temeridad, sin miedo a los terribles peligros de que se me tenía amenazada, para el caso improbable de lo que me ocurriera, a mi vez, de incurrir en ella) y la elegancia de sus gestos, amenizaban, para mí, las horas interminables de aquellas “pruebas”, a las cuales asistía con aburrida resignación.

Era aún pequeña, cuando oí con espanto el primer ataque a la gloria de doña Leónides.

Hablando mi madre con otra señora —afortunadamente no las oía mi abuelita—, declaró que doña Leónides no tenía “chic”, y la otra señora aprobó con entusiasmo y aún añadió que no “estaba ya en el movimiento”.

¿Por qué, Dios mío, tal blasfemia? ¿Quizá porque doña Leónides iba haciéndose algo vieja? ¿O porque se había permitido declarar que ella “no entraba” por la novedad de las faldas “trabadas”?

No: yo creo que era, sencillamente, porque ya no se llevaban “pinzas” en los corpiños.

Pues bien, ahora vuelven a hacerse “pinzas”, se hacen porque vuelve a moldearse el pecho y a marcarse el talle, y porque las “pinzas” son, decididamente, la mejor manera para afinar el talle y para moldear el pecho, aun cuando —como es el caso con muchos cuerpos actuales— haya muy poco que moldear. Pero estas “pinzas” de ahora me inspiran a mí muy poca confianza. ¿Quién las va a hacer en

nuestros corpiños? ¿esos modistos, a lo gran señor, que dirigen las pruebas con la misma altiva indiferencia que presencian el desfile de sus maniqués?

Y ¿cómo van esos señores a saber hacer pinzas, si, seguramente, no saben hablar con alfileres en la boca?

“Las mujeres hacen jerseys” (*Estampa*, 29 de septiembre de 1936. p. 4)

Un día de haber para los combatientes..., un día de haber para los hospitales..., un día de haber para las guarderías infantiles... un día de haber para... ¡para jerseys!...

Como en la mayoría de los organismos industriales, comerciales y oficiales, el personal afecto a los Canales de Lozoya —desde el director hasta el último botones— había resuelto ceder, de su sueldo de agosto, un día de haber, y una linda mecanógrafa —Maruja Sánchez, compañera mía en la prensa— propuso que la cantidad así recaudada se dedicara íntegramente a la adquisición de prendas de abrigo, que tanta falta empieza ya a hacerles a nuestros defensores de la Sierra. Es decir, prendas de abrigo, precisamente, no; lana para hacerlas nada más. De su confección ya se encargarían las mujeres.

¡Vaya si se han encargado!

Se logró encontrar lana de primera clase, a un precio favorabilísimo —suprema satisfacción femenina de una “ganga”—: ochenta céntimos la madeja, cuyo precio de venta suele ser de unos cinco reales, y empezó el reparto. A la casa del Pueblo, doscientos kilos; una cantidad considerable, al frente Popular de Funcionarios; otra, a la Sociedad de Luz, Gas y Electricidad; otra, a una empleada de los Canales de Lozoya —una preciosa muchacha llamada Adelaida Martínez—, que se encargó de distribuirla entre sus amistades y vecinas de la barriada.

En total, más de cuatro mil pesetas de lana, un montón fantástico de lana, que empezó a decrecer con una velocidad vertiginosa.

Las primeras voluntarias que fueron por lana se llevaron triunfalmente sus diez a doce madejas correspondientes a un jersey; a los pocos días empezaron a alejarse de los centros de reparto mujeres cabizbajas y con las manos vacías; ¡ya no quedaba lana que repartir!

Y este caso de los empleados de los canales de Lozoya no es sino un pequeño ejemplo de los muchísimos que se están dando en Madrid; se compra y se reparte lana en cantidades fabulosas en toda clase de centros, agrupaciones, partidos políticos ¡Toda la lana es poca para nuestros combatientes!

Y toda la lana es poca para saciar el afán de abnegación de las mujeres españolas que consagran al manejo de las agujas cada minuto que les dejan sus ocupaciones en el taller, en la fábrica, en el hogar o en la oficina, y están deseando dar su tiempo, su trabajo, su paciencia, su recreo, su descanso, a los que dan su vida por la causa de la República..., que es la causa de todos nosotros.

Los jerseys y la moda

Las labores de punto están a la orden del día... Todas las mujeres confeccionan jerseys... de los ágiles dedos femeninos surgen modelos variadísimos...

Así podría empezar un artículo de modas actual; pero esta moda de hoy tiene la faz seria y el ademán augusto.

En los jerseys que salen de los dedos femeninos, la preocupación utilitaria, sin excluir totalmente cierta coquetería, domina sobre la de la elegancia.

Que la hechura sea práctica, a fin de que la prenda pueda ser puesta y quitada con facilidad y rapidez, que sea el cuello muy alto a fin de tapar hasta las orejas; que las mangas sean muy largas y los puños muy estrechos, para no dejar el punto apretado, para que la prenda abrigue mucho y, sobre todo, que la lana sea gruesa, suave, pura y ligera.

Las antiguas “prendas para ropero” eran especialmente confeccionadas con materiales pésimos para que “luciesen” a bajo precio.

Hoy, el jersey para miliciano lleva en su mismo nombre un marchamo de calidad insuperable.

Corrillos

Ya en los comedores familiares, en la calle, delante de las puertas de las casas, en los patios, se agrupan en animados corrillos las confeccionadoras de jerseys.

Algunas mujeres dedican a esta tarea, “siempre simpática, hoy sublimizada”, todas las horas del día, y se hacen sus buenos dos o tres jerseys por semana.

Otras, muy ocupadas, aprovechan avariciosamente todos aquellos “ratos perdidos” que ya no se pueden perder.

He conocido niñas de diez años que ya se dan “mucho maña” para manejar las gruesas agujas de acero, y he conocido a una señora de setenta años que, calándose las gafas, ha declarado: “Yo no puedo ir muy de prisa, pero haré lo que pueda.”

En la cola

La mujercita hacendosa se desesperaba en las colas; le molestaban las disputas de las demás “colistas” sobre un puesto de más o de menos; le apenaba, en su optimismo patriótico, el malhumor de algunas biliosas; le enfurecían los “bulos”, que hallan en las colas una ocasión más de deslizarse —verdaderos gases tóxicos morales— en los oídos demasiados complacientes, y también le impacientaba un poco la forzada inacción callejera.

Pero ha tenido la gran idea: aprovechará estos momentos de cola para trabajar y adelantar el jersey que se está confeccionando.

Y ahí la tenemos, muy entretenida en “contar puntos”, con lo cual ni se aburre, ni se impacienta, ni oye cosas desagradables, ni dice tonterías.

Si cundiera su ejemplo —que sí que está cundiendo—, los jerseys para milicianos serían la redención de las colas.

Ellos

Junto al corrillo de mujeres que confeccionan jerseys suele haber algún que otro marido, padre, novio o hermano, que, de vez en cuando, presta el concurso de sus manos para devanar una madeja.

Hoy, así como en el entusiasmo, en el cariño, en la alegría con que ellas manejan las agujas de acero, hay una sutil gravedad, en la complacencia con que ellos colocan sus manos en adecuada actitud, ya no hay superioridad, ni mucho menos desdén, sino algo que se parece bastante a la admiración y al respeto...